


**SERGIO ELÍAS
GUTIÉRREZ**


Si los ingresos del Estado no crecen, sólo hay dos salidas: una reforma fiscal agresiva o reducir el gasto.

Presupuesto en equilibrio

Uno de los problemas más difíciles de resolver es la cuestión de las finanzas públicas. Sostener estas finanzas implica la obligación de los ciudadanos de pagar sus impuestos. Esto conlleva decidir cuáles impuestos deben cobrarse y en qué montos. Posteriormente, se debe determinar en qué se gastarán los recursos obtenidos, teniendo en cuenta que en ningún país los ingresos tributarios son suficientes para atender todas las necesidades de la población.

Ante esta insuficiencia, se recurre a ingresos extraordinarios, como empréstitos y, en casos cada vez más raros, la emisión de moneda para cubrir los quebrantos de las economías nacionales. Esta trágica película la hemos visto muchas veces en este sufrido y pobre país. Desde su origen, nuestro sistema fiscal ha sido inoperante y deficitario.

El sexenio que acaba de terminar es un ejemplo de esta ineficacia. Con una pobre recaudación tributaria, un alto gasto social y una inversión en pocas obras que aún no han dado los resultados esperados, se elevó el déficit y la deuda pública. AMLO dejó una pesada carga al actual gobierno y a las futuras generaciones.

La precariedad de las finanzas públicas provoca penurias en la población: servicios básicos deficientes, problemas en educación, salud, escasez de agua y la proliferación de centros urbanos pauperizados son el

ambiente que se ve y se respira. Todo esto, sin mencionar la inseguridad, a pesar de la reducción de la pobreza extrema.

La baja recaudación de impuestos federales también afecta significativamente las finanzas de estados y municipios, debido al esquema de coordinación fiscal actual. El panorama nacional se percibe sombrío: el débil crecimiento económico pone al país en riesgo de seguir cayendo. Ante esto, sorprende el optimismo de los gobernantes de todos los niveles, al menos eso nos cuentan.

Hace tres décadas, México adoptó el modelo neoliberal para atraer inversión extranjera, tras el declive del llamado "milagro mexicano" de las décadas de los cincuenta a los ochenta. En 1980, el sistema fiscal fue reconvertido, y se creó el Impuesto al Valor Agregado (IVA), que trajo un flaco respiro a las finanzas públicas. A esto se sumó el boom petrolero, que fortaleció temporalmente a los gobiernos. Sin embargo, en lugar de "administrar la abundancia", le dimos cuerda a la corrupción, un mal que nos persigue desde tiempos inmemoriales.

Ni los gobiernos del nacionalismo revolucionario, ni los neoliberales que los sucedieron, ni por supuesto los de la 4T han sabido captar mayores recursos fiscales para tener al menos presupuestos equilibrados. Es decir, evitar que el gasto público exceda los ingresos recaudados.

Ahora, la crisis fiscal del Estado mexicano arrastra también a las finanzas de estados y municipios, muchos de los cuales sufren penurias por sus ingresos exiguos. Ante esta baja recaudación, recurren generalmente a la deuda, que no deja de crecer. A esto se suma la corrupción que afecta a la mayoría de los gobiernos de todos los colores y sabores.

Anticipo una tesis muy preliminar ante este escenario. Como diría Sabines, "yo no lo sé de cierto, pero supongo" que esta situación no es fácil de remediar. Si los ingresos no crecen sólo hay dos salidas: una de ellas es hacer una reforma fiscal agresiva —que no es muy fácil, ni está en el ánimo del gobierno federal— y los estados no tienen mucho margen para ello. La otra vía, ésta más dolorosa, sobre todo para los sufridos políticos que nos gobiernan, es reducir el gasto. Es verdad sabida que los muchos gastos públicos impactan en el bienestar de la población.

Esta situación es común en muchas economías del mundo, salvo en algunas naciones desarrolladas y bien administradas. Ése no es el caso de nuestros gobiernos, que enfrentan problemas irresolubles en muchos casos.

Ante esta situación se impone una revisión de las capacidades reales de los estados antes de anunciar nuevos programas y obras que están fuera de sus posibilidades. Sólo falta la voluntad de hacerlo.